



Michel de Montaigne, el ideal del hombre en el siglo XXI

En este pasaje Michel de Montaigne trata el tema de lo sagrado personal, que está relacionado a la libertad de expresión, una de las resistencias continuas del ciudadano en nuestra realidad contemporánea, ¿cómo puede existir libertad de expresión, cuando hay una dictadura de los medios electrónicos de información?

En su tiempo Michel de Montaigne coincidió con las guerras de religión en Francia, cuando los entusiasmos de los primeros humanistas se vieron restringidos y tuvieron que enfrentarse a la dura realidad de la intolerancia.

Nos explica sobre lo impersonal, el sentido que debería tener lo colectivo, el aislamiento como una actitud indiferente, la perfección como algo inalcanzable, pero que existe como una motivación esencial para pedir lo imposible, la herencia que nos puede dejar el pasado, lo fundamental de no perder la memoria histórica, el devenir como una posibilidad de crear una estética de la existencia, la esperanza, la política, la democracia y el Hombre Ético.

Michel de Montaigne (1533-1592) Montaigne- París

Además de *los Ensayos*, escritos básicamente entre 1572 y 1580, Michel de Montaigne tradujo y publicó la *Teología Natural de Sebondo*, en 1569. Pocas figuras más trascendentes que este Miguel Eyquem al que su lector, don Francisco de Quevedo, llamaba el Señor de la Montaña. Su ociosidad de hidalgo instruido, rodeado de sus libros predilectos, le permite ver el mundo con una serenidad admirable. Su lección suprema es la tolerancia y su exigencia máxima la independencia de juicio. Más que el “magíster dixit”, que privaba durante toda la Edad Media, enseñar es provocar en el alumno una necesidad de optar, adueñándose de ella, en la dirección que el sano criterio decida.

Con los *Essais*, es decir, los “ensayos”, ha creado un género de enorme trascendencia, que consiste en desarrollar libremente series de ideas sin un plan sistemático alrededor de un tema determinado. A diferencia del “tratado”, pues, que exige un riguroso plan didáctico, el “ensayo” permite la libre divagación en torno a uno o varios temas. El estilo de Michel de Montaigne, suelto, incisivo, natural, irónico, contiene todas las ventajas de la exposición moderna y presenta el aspecto “humano”, racional y sereno que hace del gran escritor francés el arquetipo del humanismo liberal y progresivo, uniendo toda esa amplitud de criterio a un real anhelo de perfección de la conducta pública y privada a través de la ética y la moral.

Señor Montaigne, ¿puede el hombre todavía disfrutar de ese ocio creador, que es parte esencial de lo humano?

Ciertamente, no todo está perdido, si el hombre recupera lo sagrado de su persona; lo sagrado es aquello que en el ser humano es impersonal, alejado del yo individual y egoísta. Lo impersonal es sagrado. Se viven tiempos en que los políticos, los artistas y los científicos han usurpado el lugar de los sacerdotes, se sienten los nuevos chamanes, profetas de un mundo que camina hacia el abismo, allí cabe la frase: ¡sálvate de los salvadores!, ¿por qué?, porque el público, mediante la mercadotecnia y los medios masivos ha endiosado a esas actividades difundidas profusamente para convertir en verdad lo que es una mentira.

En todo esto sólo se ve un acto gratuito, producen un sistema en el que se expresan todas las normas posibles, los criterios, los valores, la moral, excepto la verdad. La arquitectura griega y romana, las catedrales románicas y góticas, la Ilíada, los murales anónimos, la invención de las matemáticas, la música y la geometría, el cero de los mayas, por enumerar unas pocas cosas, no existen por las personas a través de las cuales estas disciplinas han llegado hasta nosotros, sino que fueron medios de expansión.

El arte, la ciencia y la literatura son disciplinas de libre expresión y expansión de la persona, constituyen un espacio en el que se pueden alcanzar éxitos gloriosos, clamorosos, que hacen vivir ciertos nombres durante siglos. Pero por encima de semejante logro, separado de él por un abismo, hay otro, donde están situadas las cosas de primer orden. Esas son esencialmente anónimas.

Es circunstancial si el nombre de aquellos que han influido en la historia que vivieron se ha conservado o se ha perdido, incluso si se ha conservado. Ellos como personas entraron en el anonimato, su yo ha desaparecido. Sólo la verdad y la belleza habitan en el espacio de las cosas impersonales y anónimas. Y este espacio es sagrado.

Y la persona no lo es, y si lo es, es únicamente como puede serlo un símbolo en la pintura, por ejemplo la luna. Lo que es sagrado en la ciencia es la verdad. Lo que es sagrado en el arte es la belleza. La verdad y la belleza son impersonales. Todo esto es demasiado evidente, sólo que hay muchos que se niegan a verlo.

¿Se trata de saber que el yo no participa de la belleza ni de la verdad?

Claro. Por ejemplo, si un muchacho hace una suma y se equivoca el error lleva la marca de su persona. Si procede de manera correcta su persona está ausente de toda la operación. Porque la perfección es impersonal. La persona es la parte de error y de pasado. Todo el esfuerzo de los místicos ha mirado siempre a una condición en la que no quede ya en su alma ninguna parte que diga yo.

Pero hay una zona del pensamiento que dice nosotros, y es más peligrosa todavía. El paso de lo impersonal no se realiza sino mediante una atención de rara cualidad, y que no es posible más que en la soledad. No solamente la soledad, de hecho, sino de soledad moral. Eso no se da nunca en el hombre que piensa como miembro de una colectividad, como parte de un nosotros.

Los hombres en colectividad no tienen acceso a lo impersonal ni siquiera en sus formas inferiores. Un grupo de seres humanos no puede hacer ni siquiera una suma. Una suma se realiza en un espíritu que olvida momentáneamente la existencia de todo otro espíritu.

Estamos claros entonces, que lo personal es opuesto de lo impersonal.

Pero, ¿hay paso de uno a otro?

No hay paso posible de lo colectivo a lo impersonal. Sería necesario que lo colectivo se disuelva primeramente en personas separadas para que se haga posible el acceso a lo impersonal. Sólo así la persona, en ese sentido, puede participar de lo sagrado más que la colectividad.

Porque no solamente la colectividad es ajena a lo sagrado, sino que lo desvirtúa, puesto que proporciona una falsa imitación de ello. Esto porque la colectividad cree que lo sagrado es la idolatría. Lo cual es el crimen más difundido. Aquel a cuyos ojos sólo cuenta la expansión de la persona, es decir del yo, ha perdido totalmente el sentido de lo sagrado, porque cae en el exhibicionismo.

La subordinación de la persona a la colectividad es casi obvia por fácil, por pertenecer a un hecho mecánico, como se integra un hombre a una estadística poblacional. La persona de hecho está sometida siempre a la colectividad.

Por ejemplo, son los artistas y los escritores, más inclinados a considerar su propio arte como la libre expansión de su persona, los que de hecho están más condicionados al gusto del público.

Los políticos situados en el mismo nivel están también condicionados a la moda de 'las circunstancias políticas mundiales'. La opinión colectiva de los especialistas reina como soberana sobre cada uno de ellos.

Estando la persona sometida de hecho y por naturaleza de las cosas a lo colectivo, no hay derecho natural con respecto a ella. En la Antigüedad no se poseía la noción del respeto debido a la persona. El pensamiento antiguo era, con mucho, demasiado lúcido para una concepción hasta tal punto confusa. Tal vez no había división entre la persona y lo sagrado.

Señor Montaigne, me parece imposible huir de lo colectivo, todos formamos parte de una sociedad, de un conglomerado, todos tenemos actas de nacimiento, etc.

Lo que quiero aclarar es que el ser humano no debe huir de lo colectivo sino que debe elevarse por encima de lo personal para penetrar en lo impersonal. En este punto hay algo en él, una partícula de su alma, en la que no puede hacer nada colectivo.

Si logra radicarse en el bien impersonal, es decir, hacerse capaz de sacar de él una energía, es a condición de rebelarse contra cualquier colectividad, siempre que piense tener obligación de hacerlo, sin apoyarse en ninguna otra, una fuerza sin duda alguna pequeña, pero absolutamente real.

Hay ocasiones en que una fuerza casi infinitesimal es decisiva. (Siempre recuerdo la teoría de que a Alejandro Magno, el más grande conquistador de la Antigüedad, lo venció la picadura de un mosquito, que lo llevó a la muerte).

Sí, una colectividad es mucho más fuerte que un hombre solo, pero la colectividad tiene necesidad, para existir, de operaciones -cuyo ejemplo elemental es la suma- que no se cumplen más que en un espíritu en estado de soledad. Esta necesidad ofrece la posibilidad de una ventaja de lo impersonal sobre lo colectivo, sólo con que se sepa estudiar la manera de hacer uso de ella.

196

Cada uno de los que han penetrado en el dominio de lo impersonal encuentra en ello una responsabilidad hacia todos los seres humanos. La de proteger en ellos, no a la persona, sino todas las frágiles posibilidades de paso a lo impersonal que la persona encierra.

¿Cómo decirle a una persona que deje de ser parte de lo colectivo para alcanzar lo impersonal y lo sagrado?

El peligro mayor que veo en la civilización que ustedes enfrentan hoy en día, no es tanto la tendencia de lo colectivo a comprimir a la persona, sino que la tendencia de la persona es precipitarse, anegarse en lo colectivo, ser masa anónima.

Si es inútil decir a la colectividad que la persona es sagrada, es inútil también decirle a la persona que es sagrada. Porque la causa que impide a la persona sentirse sagrada es que, de hecho, no lo es, como lo hemos expresado, si no alcanza lo impersonal.

Y en el hombre, la persona es una cosa incómoda, que tiene frío, que tiene que fingir, que corre a buscar refugio y calor. Por último, las relaciones entre la colectividad y la persona deben establecerse con la única finalidad de descartar

todo aquello que tenga facultad para impedir el crecimiento y la germinación misteriosa de la parte impersonal del alma, lo sagrado.

Por eso es necesario por una parte que en torno a toda persona haya espacio, cierto grado de libre disposición del tiempo, posibilidad de pasar a grados de atención cada vez más elevados, soledad y silencio. Y es necesario al mismo tiempo que se encuentre cómoda, para que la incomodidad no la obligue a anegarse en lo colectivo.

Plutarco, que fue uno de sus modelos, decía que recomendaba el estudio de la Historia, por ser madre de todo conocimiento. ¿No habrá hoy en día una subestimación de la Historia, una especie de convicción ingenua en el sentido de que el pasado puede enseñarnos?

Es probable. Ocurre siempre en las épocas marcadas por la búsqueda de la Utopía, que es lo que ocurrió y sucede todavía en Europa y América Latina. Se produce una especie de intención de ruptura con el pasado, o mejor, de dar un salto histórico que lo niega. No es una casualidad que el pensamiento conservador, cuando es inteligente, -lo que no ocurre demasiadas veces- es un pensamiento historicista, no apela a la Utopía, que está en el futuro (como lo está la izquierda), sino a la Arcadia, que está en el pasado, que se hace coincidir con la 'edad de oro'. Para el conservador todo tiempo pasado fue mejor. Al pensamiento que ustedes llaman de izquierda, en cambio, le interesa el futuro.

¿Y cuál es la síntesis posible?

La síntesis es un éxtasis de los tres tiempos: el pasado, es decir la memoria, y el futuro, es decir la esperanza, pero todo eso incardinado en lo único que verdaderamente se tiene, que es del presente.

¿Y cómo se puede armonizar la voluntad de cambio con el eterno problema de libertad versus necesidad y fines versus medios?, ¿o es imposible la armonización?

Hay que armonizarlos, pero siempre será una armonía muy en tensión. El hombre de la izquierda mira fundamentalmente a los fines y a la necesidad, y eso plantea duras contradicciones. Volviendo a lo que decíamos antes, no se puede ser pura esperanza sin memoria, pero tampoco sirve de nada ser pura memoria sin esperanza, que es lo que está ocurriendo ahora. Del mismo modo, no pueden ser puramente hombres de fines sin atender a los medios con que esos fines han de ser obtenidos, ni hombres que se ocupen sólo de los medios.

Esa tensión puede ejemplificarse con la relación entre lo ético y lo político. El hombre político atiende más a los medios, a lo posible, mientras que el hombre

ético sólo se interesa por los fines, por lo que se debe hacer, cueste lo que cueste, caiga quien caiga.

¿Y no puede ocurrir que las consecuencias éticas de esa posición acaben cuestionando los principios también éticos que la impulsaron?

Sí. Yo creo que los que están más del lado ético que del lado político (y ése es el caso de la mayoría de los auténticos intelectuales) tienden a sobrevalorar lo ético y a subestimar lo político. Esto es injusto, ciertamente. Pero los políticos hacen lo mismo, aunque al revés. De todos modos, hay que entender la posibilidad de que las utopías (ideales se llamaban en mi tiempo) se hagan operativas depende del adecuado manejo de lo político.

Señor Montaigne, ¿cuál es el vehículo al que pueden hoy subirse los hombres éticos, en escala mundial, ahora que no parece haber un marco de referencia ideológico incuestionable?

No. De haberlo más bien sería un anti vehículo, un vehículo por la negación. No a la guerra, no a la deshumanización, no a las bases nucleares, etc.

Eso no entusiasma...

No ciertamente, pero es más perentorio. Porque lo otro es un ideal situado en la lejanía, en el no sé cuándo y al que hay que sacrificarle la vida. En cambio esto tiene el atractivo de que es acuciante y de que no es sólo la propia vida la que está en juego sino la vida de la especie y hasta es posible que de la Vida, sin más. Pero no hay más vehículos que éstos, de signo negativo. El ecologismo pertenece a esta misma familia de llamadas por la negación.

Impedir que algo ocurra en lugar de luchar para que algo ocurra...

Sí. Eso es lo que veo.

¿Qué piensa de los jóvenes, que a veces son vistos como sabios y otras veces son ignorados totalmente?

No hay lugar para la juventud, porque la juventud cambia y también cambian los lugares. En el tiempo de sus padres, seguramente no existía la juventud. Existían los jóvenes, pero no un grupo social con conciencia de sí mismo. Los jóvenes trataban de parecerse a los mayores vistiéndose como ellos, y ahora son los adultos los que tratan de parecer jóvenes asimilando sus modas. La juventud existía minoritariamente en algunos movimientos literarios, como el romanticismo o el simbolismo, pero políticamente ni siquiera tuvo entidad bajo el fascismo, el nazismo o el comunismo, que crearon milicias y exaltaron su papel en

la sociedad pero sin reconocerle derecho a una propia elaboración de la realidad. La juventud, tal como se entiende ahora, surge a los fines de la Segunda Guerra Mundial. Pero su importancia es aún social. Es política en los sesentas, cuando pretende tomar el relevo, por decirlo así, del proletariado que en Estados Unidos había perdido definitivamente su potencial revolucionario.

Y de pronto la juventud se encuentra -en gran parte porque lo anhela, pero también porque se lo dicen- con que ella, que hasta ahora no ha sido nada, de pronto lo va a ser todo. Fue la gran quimera de los sesentas.

¿Y cuál fue la consecuencia?

Usted lo debe saber mejor que yo. Un gran desencanto, como ocurre siempre que se ponen demasiado altas las expectativas. Tras el fracaso viene el abatimiento. En eso están ustedes, precisamente.

¿Se ve algo en el horizonte de las utopías, Montaigne? ¿Hay aunque sea en germen, algún nuevo referente ético capaz de reemplazar a los que, según su opinión, se han roto?

No lo sé. Usted piensa que como estoy en otra dimensión, puedo profetizar, pero no es así, aquí también hay reglas. Pero me parece muy significativo el hecho de que ya nadie use la palabra proletariado. Hasta cierto punto, en cambio se ha recobrado el pobre medieval y, sobre todo, el vocablo marginado. No es casual que Marx distinguiese entre el proletariado y el subproletariado, porque el proletariado, por más explotado que fuese, era una pieza del sistema y una pieza imprescindible, mientras que el marginado es una excrecencia del sistema, un indeseado. A Marx no le importaba el subproletariado e incluso lo despreciaba, porque no era un sector que pudiese cuestionar desde dentro al sistema. La izquierda hoy no tiene respuesta para esta nueva situación.

Quizá se pudiese hablar de un juego de desprecios mutuos: el de Marx por el subproletariado y del subproletariado por el marxismo...

Sí. Ya ni del marxismo se habla, aunque esté de una u otra manera presente en todas manifestaciones sociales o del sistema establecido. Aunque se ha dulcificado la expresión sobre el subproletariado. Marx llamó, en realidad, a este sector de la sociedad proletariado harapiento (lumpen proletariat).

Visto así, los términos del conflicto han abandonado la relación proletariado versus burguesía, para volver a plantearse en términos de ricos versus pobres...

Yo diría que más bien, está planteada entre la gente que está dentro del aparato productivo y quienes están marginados de él. En este último grupo incluso hay

miembros que no pueden ser calificados de pobres porque aún retienen algo de lo que tuvieron, pero que están destinados a la pobreza como consecuencia del proceso de concentración del capital a través de las grandes multinacionales.

¿Y la Iglesia? ¿Ha adecuado su discurso a esta nueva situación?

Sí, pero equivocándose. La Iglesia llega tarde a todas las cosas (por lo menos a partir del siglo XVI, y me consta) y ahora, con 50 años de retraso, ha decidido adoptar el estilo de la imagen y el espectáculo, con la utilización de los medios masivos. El Papa, así como los predicadores fundamentalistas acaparan la televisión. Un Papa al llegar a un país acapara la atención y la curiosidad, pero es la misma que despierta un cantante, de este modo el mensaje se frivoliza, se confunde e incluso acaba por desaparecer, por aquello de que “el medio es el mensaje” como decía Macluhan.

Ante este panorama ¿cuál es el papel que debe jugar el hombre ético?

Puede hacer lo que está haciendo: presentar resistencia y decir no. Su apoyo está en la juventud y ese sector creciente de los sin partido.

Entonces ¿qué característica debe tener ese hombre ético?

Debe tener una filosofía moral. Moral no quiere decir aquí sólo ética, porque moral es todo cuánto atañe a la conciencia y al fuero íntimo, a sus cuestiones más interiores, más radicales y más trágicas. Moral no quiere decir aquí moralina ni idealismo. Moral quiere decir aquí preocupación eminente por el comportamiento del hombre ante los demás hombres, del hombre ante el destino y del hombre ante Dios.

Ser un hombre ético es tener una inspiración moral, que significa rescatar al hombre de todas las trampas: dogmáticas, sociales, políticas. Lucha por la verdad, no por las verdades. Lucha por el honor, no por los honores. Lucha por el honesto, verdadero, heroico espíritu de sinceridad.

Los héroes de hoy son los que vencieron en esa guerra consigo mismos y contra un mundo cada vez más empeñado en confundir y sofocar al hombre infinitamente solo en su soledad. De nada sirve un hombre al conjunto o a los otros si no se ha hecho antes sincero en sí, claro y desnudo en su corazón, fuerte y honesto en su conciencia. Esto es, hombre, verdaderamente hombre. Y hombre no es sólo el que no teme, es más, es el que teme al temor. Hombre es aquel cuyo substancial honor dimana de ser fidedigno.

El espíritu de equidad no es el espíritu de justicia, es más profundo, menos sencillo, más compuesto. Así como el verde está hecho de amarillo y azul, el

espíritu de equidad está hecho de justicia y piedad humanas. No hay espíritu de equidad sin sentido de exaltación severa de la vida, es decir, del sentido exigente, serio, y noble de la existencia.

El hombre ético debe ser dueño de una fuente íntima, natural, de generosidad, de benevolencia, dignidad y honor, de infinita cortesía, de riqueza de alma, y debe ser un espíritu dulce de memoria y espléndido de soltura, lucidez y profundidad.

Este será un hombre magnífico, pues su magnificencia no importará singularidad, será una magnificencia natural que parecerá sugerir que cualquier hombre puede tenerla con tal de proponerse el ejercicio de un atributo así. Será de admirarse, de tenerlo como la encarnación del espíritu ecuánime, será humano y lo humano parecerá, en la perspectiva de la excelencia obedecer a su medida.

Esto será de agradecerse y pensar que es así, debe llenar de confortamiento y fe en la naturaleza humana, porque esto será procurar un dulce y elevado sentimiento, ennoblecerse por la sola gravitación sensible de su existencia. Todo aquello que se logra en un ejemplar puede lograrse en una especie, si existiese un ejemplar rescatado, la especie puede pasar por esa puerta.

En un mundo cansado de no servirse, de haber sido infausto, recíprocamente cruel y destructivo ¿por qué, si la historia lo permite todo, habrá que quedarse el espíritu humano en ser lo que es? Si basta con que una meditación se haga voluntad, cansada de hallarse indiferente para que surja de su seno la voluntad sincera de la diferencia. Y si el hombre ha padecido según la ley del número ¿por qué no mejorará según la ley del número? ¿No consiste acaso todo en el número por que se le multiplica?

Si se lo multiplica por eterna servidumbre será servidumbre, si se lo multiplica por sed de alcanzar algo más alto, más lejano, más difícil, lo alcanzará. Si no fueran ustedes capaces de pensar así, ¡qué tarea extraña y lenta será vivir!

Texto de Michel de Montaigne

De la Ociosidad

Como vemos los terrenos baldíos, si son fecundos y fértiles, poblarse de mil suertes de hierbas espontáneas e inútiles, y que para que produzcan provechosamente es preciso cultivarlos y sembrarlos de determinadas semillas para nuestro servicio, así como vemos a las mujeres producir solas montones informes de carne, y que para que resulte una generación provechosa y natural es necesario depositarlos en ellas otra semilla, así acontece con los espíritus, si no se los ocupa en labor determinada que los sujete y contraiga se lanzan desordenadamente en el vago campo de las fantasías.

*Así, cuando en un vaso de bronce una onda agitada
refleja la imagen del sol o los pálidos rayos de la luna,
la luz voltea incierta, se eleva, desciende y hiere
el artesonado techo con sus movibles reflejos.*

(Horacio)

Y no hay ensueño ni locura que el entendimiento no engendre en agitación semejante:

202

Forjándose quimeras que semejan a los ensueños de un enfermo (Enéida VIII, 22).

El alma se pierde cuando no tiene un fin establecido, pues como suele decirse, 'estar en todas partes no es encontrarse en ninguna'.

Yo, que últimamente me he recogido en mi casa decidido en cuanto de mi voluntad dependa a pasar en reposo y sólo la poca vida que me queda, parecióme no poder prestar beneficio mayor a mi espíritu que dejarlo en plena libertad, abandonado a sus propias fuerzas, que se detuviese donde tuviera por conveniente, con lo cual esperaba que pudiera en lo sucesivo adquirir mayor madurez, mas yo ceo que, como:

*El espíritu se extravía en la ociosidad, engendrando mil ideas diferentes.
(Lucano, IV, 704)*

Ocurre precisamente lo contrario. Cuando el caballo escapa solo, toma cien veces más carrera que cuando el jinete lo conduce, mi espíritu ocioso engendra tantas quimeras, tantos monstruos fantásticos, sin darse tregua ni reposo, sin orden ni concierto, que para poder contemplar a mi gusto mi ineptitud y singularidad de los mismos, he comenzado a ponerlos por escrito, esperando con el tiempo que se avergüence al contemplar imaginaciones tales.